CONVERGENCIAS Y DIVERGENCIAS ENTRE DOS MODELOS DE NORMALIZACIÓN LINGÜÍSTICA: EL CASO DEL ABADI Y EL GALLEGO

MIGUEL MOREIRA BARBEITO
Universidad Santiago de Compostela

RESUMEN

Las estrategias normalizadoras no poseen una aplicación universal, sino que aquellas válidas para las lenguas occidentales acaban siendo muchas veces nefastas para gran parte de las lenguas de otras latitudes, y viceversa. Para justificar este argumento me centraré en dos lenguas en concreto, el abadi, como representante del segundo modelo lingüístico propuesto, y el gallego, como ejemplo de lengua europea minorizada.

Palabras clave: normalización lingüística

ABSTRACT

Normalizing strategies not only do not possess an universal aplication, but those useful to western languages become nefarious to the most languages in the rest of the world, and vice versa. To justify this argument I will speak about two languages, Abadi, as a representative of the second linguistic model proposed, and Galician, as an example of an European minorized language.

Keywords: linguistic normalization

La tradición estructuralista supuso un cambio de paradigma que dejó como herencia la preeminencia de la perspectiva descriptiva de los estudios lingüísticos, poniendo en duda el prescriptivismo. La oposición de estos dos modos de acometer la tarea lingüística constituye uno de los puntos de desencuentro teórico más discutidos. Sin embargo, en la actualidad está demostrado que la prescripción constituye una necesidad básica para el desarrollo de las lenguas. Una cuestión más prioritaria en el caso de aquellas lenguas europeas que se encuentran en proceso de normalización, pues necesitan un estándar para conseguir un estado de desarrollo pleno, al constituir éste una herramienta fundamental que coadyuva a alcanzar la cohesión intralingüística necesaria en toda lengua. Por este motivo considero la necesidad de adoptar la perspectiva del prescriptivismo en el sentido que Deborah Cameron (1995) le otorga.

Uno de los principios éticos que recojo en mi propuesta de ética de las lenguas (M. Moreira, 2014) es el siguiente: todas las lenguas merecen por igual el desarrollo de medidas dirigidas a la legitimación de éstas en sus respectivos territorios históricos, incluida la planificación lingüística, independientemente de cualquier tipo de variable, como puede ser el número de hablantes que posea o si la lengua en cuestión cuenta o no con el apoyo de la administración. Sin embargo, si nos situamos ante el caso de una lengua en proceso de consolidación del estándar, apoyándonos en un razonamiento lógico elemental, nos encontraríamos con cuatro posibilidades de actuación reales, que son las que siguen:

1. **No normalizar una lengua para no salvarla**. Esta estrategia antiecológica, en el sentido de que permitir que una lengua desaparezca va en contra del equilibrio ecológico propio de la diversidad lingüística, fue y es la escogida por los representantes de las lenguas opresoras que se sitúan en el polo prestigiado de los procesos de substitución lingüística; en tanto que al ser conscientes de los beneficios que la normalización implica para garantizar la supervivencia de numerosas lenguas, obstaculizan esta vía de restitución de las minorizadas. Este sería el caso del lacandón en México o el isconahúa en Perú, ambas lenguas reducidas

drásticamente en las últimas décadas, si es que no han desaparecido ya, debido a la presión ejercida por el español.

2. **Normalizar una lengua para salvarla**. Constituye la única opción ecológica, la única alternativa comprometida con el desarrollo natural de una lengua minorizada. Esta es la estrategia asumida por la ecolingüística, cuyo objetivo principal es la conservación del equilibrio ecolingüístico. Se trata de la elección que debería ser aplicada en los procesos de substitución lingüística que en la actualidad se mantienen vigentes en Occidente, entendiendo que la plena normalización de estas lenguas en sus comunidades históricas resulta imprescindible para que su conservación sea efectiva. Estaríamos hablando de situaciones como las del saami, el occitano, el bretón, el catalán, el euskera o el gallego; lenguas que no alcanzaron la plena estandarización en sus territorios de origen y que no tienen garantizada su supervivencia.

3. **Normalizar una lengua para no salvarla**. Consiste en la aprobación de medidas triviales y no operativas que no consiguen cambiar la situación de la lengua minoriazada; es decir, no suponen ningún avance, sino que contribuyen a perpetuar la situación de desequilibrio entre ambas lenguas en conflicto. Este modelo se aproxima al elegido por diversas administraciones públicas en la actualidad, pues promueven vacías políticas lingüísticas con campañas que no comprometen a nada ni tampoco consiguen que la situación de la lengua mejore en modo alguno. Este podría ser también el caso de las incontables lenguas amerindias que padecieron un proceso de estandarización desde que se inició la colonización, sin embargo su intención no era perpetuar esas lenguas sino que pretendían eliminarlas con el objetivo de contribuir a la expansión de la metrópolis. De ahí la célebre sentencia de A. de Nebrija, «la lengua es compañera del imperio», y su anhelo por difundir un estándar del castellano a través de su gramática que allanase el camino para la conquista de nuevos territorios americanos. El objetivo fue alcanzado ampliamente, pues se calcula que el 90% de las lenguas amerindias desapareció tras la llegada de Colón a América.

4. **No normalizar una lengua para salvarla**. Esta última posibilidad implica creer en que es posible salvar una lengua sin normalizarla. En efecto, podríamos señalar casos de lenguas del

mundo que sobreviven sin necesidad de una política lingüística clara que las ampare, sin un programa de normalización establecido que recoja las medidas necesarias para el completo desarrollo de una lengua oprimida o sin que se difunda socialmente una variedad estándar entre su comunidad de hablantes. Sin embargo, lo cierto es que esta alternativa no sería viable para todas las lenguas del planeta, sino sólo para un reducido número de ellas con unas características muy determinadas, como comprobaremos.

Vistas las cuatro posibilidades lógicas de actuación ante la situación de una lengua en proceso de consolidación del estándar, a continuación nos centraremos en la última alternativa sugerida, esto es, no normalizar una lengua para salvarla. En contextos alejados de la realidad sociolingüística occidental existe una gran cantidad de lenguas que cuentan con un pequeño número de hablantes, pero que se mantienen estables a lo largo del tiempo. Estas reducidas comunidades lingüísticas que manifiestan unas características muy diferentes de aquellas propias de las lenguas europeas, consiguen subsistir por distintos motivos, siendo uno común a la mayoría de ellas el mantenimiento de una actitud respetuosa hacia el resto de lenguas. Otra característica común es la lejanía con respecto de los grandes núcleos de poder, lo que hace que estos colectivos puedan vivir ajenos a la presión ejercida por las lenguas dominantes sobre, por ejemplo, las minorizadas del continente europeo.

Por todo ello, en estos casos no se desarrollan programas de normalización lingüística para estas lenguas, puesto que las evidencias manifiestan que no son necesarios, y cuando se realizan en muchas ocasiones contribuyen a acelerar la desaparición de las lenguas en cuestión, pues se comete el error de pensar que resulta posible aplicar el modelo de planificación concebido para una lengua como el francés o el alemán en una comunidad de tamaño reducido de América Central o Sudamérica.

Pensemos ahora, por ejemplo, en el caso del abadi, una lengua de Papúa - Nueva Guinea con una comunidad de hablantes de 4.300 personas en ligero aumento que manifiesta una actitud positiva hacia ella en todos los tramos de edad. Una lengua que desde hace tiempo mantiene un territorio y un número de hablantes estables, cuya transmisión generacional está plenamente garantizada y cuyas

funciones lingüísticas son desarrolladas con normalidad por sus hablantes; una lengua que vive rodeada por otras comunidades similares en tamaño pero con lenguas diferentes, en un estado de tolerancia recíproca.

En un contexto como éste en que las personas de tribus vecinas que cuentan con lenguas diversas conviven en una situación de respeto mutuo las políticas lingüísticas carecen de sentido, de tal manera que las personas encargadas de administrar la comunidad del abadi pueden no normalizar la lengua para salvarla, pues no necesitan difundir un estándar entre sus hablantes, ni promocionar la lengua propia frente a otras foráneas, tampoco es necesario fomentar su empleo entre las personas de menor edad, ya que se trata de una comunidad monolingüe que no manifiesta actitudes negativas hacia ella. Es más, para las lenguas como el abadi los programas de normalización supusieron muchas veces su extinción. Esto fue lo que ocurrió, por ejemplo, con un gran número de lenguas ágrafas a las que los especialistas impusieron su alfabeto que acabó por destruir la lengua de esa comunidad. Estos procesos de aculturación concebidos en principio para mejorar la situación de las lenguas minoritarias, si bien es cierto que en muchas ocasiones fueron desarrollados para facilitar la dominación política y evangelización de estas comunidades, supusieron en verdad un daño irreparable para la diversidad lingüística, motivando la desaparición de un elevado porcentaje de las lenguas del mundo.

Por el contrario, situémonos ahora en el caso de una lengua diferente, una lengua asentada en el epicentro del imperialismo lingüístico, donde las lenguas dominantes oprimen las minorizadas, unas lenguas que, como el occitano, el gaélico irlandés o el gallego, se encuentran en una situación de desequilibrio y para las cuales las estrategias pasivas de normalización son contraproducentes. La alternativa lógica no normalizar una lengua para salvarla carece de aplicación en las lenguas oprimidas de Europa, en tanto que el único resultado que consigue es contribuir a difundir las lenguas opresoras en cada proceso de substitución lingüística.

En este contexto, la alternativa de no normalizar una lengua para salvarla puede ser interpretada de dos modos: en primer lugar como ingenua, pues en una situación de desequilibrio lingüístico no

promocionar la lengua minorizada implica apoyar la opresora, ya que la pasividad en un contexto de injusticia supone siempre favorecer al opresor. Esta es la idea a la que D. Cameron (1995) se refiere al retomar la obra de R. Hall (1950), *Leave your language alone*, que implicaba que el conjunto de hablantes abandonase la lengua a su suerte valorando en mayor medida la espontaneidad que el compromiso con la variedad estándar. D. Cameron (1995) sostiene que esta interpretación se debe a que la pareja descriptivismo-prescriptivismo fue tradicionalmente analizada de forma sesgada, olvidando que el prescriptivismo resulta necesario en los procesos de recuperación de las lenguas minorizadas. Por otro lado, en segundo lugar, la alternativa no normalizar una lengua para salvarla puede ser interpretada también como interesada, pues no deja de ser una fructífera vía con la que contribuir a la desaparición de la lengua recesiva de un modo que puede pasar socialmente desapercibido.

Esta idea no es original, sino que está presente en muchos de los sectores donde la defensa y promoción de la lengua propia deberían constituir el objetivo principal. Sin embargo, la cuestión avanzó notablemente en esta dirección en contextos como el gallego, donde el proceso de substitución lingüística se encuentra en un estado muy evolucionado, hasta el punto de que la transmisión generacional de la lengua propia no se está produciendo y su supervivencia no está garantizada. También el conjunto de hablantes del gallego manifiesta una actitud despreocupada hacia ella, ignorando que su falta de compromiso limita las posibilidades para superar el conflicto lingüístico.

De esta forma comprobamos que la estrategia no normalizar una lengua para salvarla cuajó en la comunidad de hablantes del gallego, provocando lo que G. Sanmartín Rei (2009) denomina como «esquirolismo no normativo» o «impuesto de coloquialidad» que el gallego está obligado a afrontar. La autora se refiere a que parece que no resulta necesario comprometerse con esta lengua, es más, gran parte de la comunidad de hablantes manifiesta una actitud conscientemente contraria a la normativa vigente, pues según su criterio es suficiente con transmitir una variedad repleta de interferencias lingüísticas en todos los niveles de la lengua. Dentro de ellos es en el nivel léxico donde aparecen las interferencias en primer

lugar, por ser éste el ámbito más permeable a la presión ejercida por otras lenguas. Resulta tan numeroso este tipo de interferencias que incluso podemos hacer una gradación atendiendo a su grado de implantación; así encontramos, en primero lugar, las que conviven con la forma autóctona acotando el uso de ésta última, como **pulpo* y *polbo*; en segundo lugar aquellas que aparecen bajo una falsa apariencia gallega, como **conexo* y *coello*; o, por último, los términos que son interpretados mayoritariamente como patrimoniales cuando en realidad se trata de castellanismos léxicos, como **bueno*. Pese a todo el proceso de substitución lingüística no acaba en este nivel superficial de la lengua, sino que afecta también a su estructura profunda, la gramática. De este modo en el nivel morfológico localizamos, por ejemplo, casos de modificación del género de algunos sustantivos acomodándolos al español, como **a mel*, también la transformación de diversos paradigmas, como en el caso de los demostrativos o los verbos, mediante el empleo de falsos tiempos compuestos o la tendencia a la eliminación de formas verbales propias, como el infinitivo flexionado. En el nivel sintáctico podemos señalar la modificación de la colocación de los pronombres átonos, lo que motiva la pérdida de fenómenos como la interpolación pronominal; además de alterar la sintaxis imponiendo las estructuras de la lengua dominante. Por este motivo, de poco sirven los modelos de planificación que mayoritariamente se desarrollaron en el contexto gallego en las últimas décadas, pues se basan en una minuciosa catalogación de, por ejemplo, las partes del carro, pero pasan por alto la recuperación de los patrones mentales de la gramática que configuran el verdadero esqueleto de una lengua.

Resulta necesario concienciar a la sociedad de la importancia que tiene su intervención en el proceso. Porque las lenguas no son simples instrumentos comunicativos, sino que constituyen mecanismos con los que interpretamos el mundo y con los que construimos la realidad de un modo único en cada caso. Por eso cuando las personas hablantes de una lengua minorizada emplean las palabras de la foránea para nombrar la realidad, asumen como propio un modo impuesto de interpretar lo que son que no se corresponde con su forma de analizar el mundo que anula, además, su identidad colectiva.

Recapitulando, la estrategia no normalizar una lengua para salvarla puede ser efectiva en contextos determinados, como en el caso del abadi y otras lenguas similares que no deben afrontar en el día a día la presión ejercida por las lenguas dominantes en los procesos de substitución lingüística. Por el contrario, resulta perjudicial en el caso de las lenguas minorizadas de Occidente, que sistemáticamente desaparecen cuando sus hablantes y los gobiernos encargados de su protección deciden abandonarlas a su suerte.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Cameron, D. 1995. *Verbal hygiene*, London/New York, Routledge.

Moreira Barbeito, M. 2014. *Contra a morte das linguas. O caso do galego*, Vigo, Xerais.

Sanmartín Rei, G. 2009. *Nos camiños do entusiasmo. Calidade de lingua e planificación*, Vigo, Xerais.